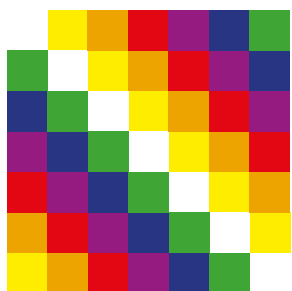


Madres de la tierra





Madres de la tierra

Edición general	Andrea Arancibia Garrido
Recopilación e investigación	Andrea Arancibia Garrido Rodrigo Terreros Andrade
Introducción	Marcela Moraga Ledesma
Fotografías	Andrea Arancibia Garrido Jorge Arévalo Trigo Rodrigo Terreros Andrade
Ilustración portada	Jaime Valderrama "@mataka__"
Edición fotografías	Jorge Arévalo Trigo
Transcripción y relato antropológico	Javiera Palacios Doll
Edición textos	Daniela Tornini Delmonte
Diseño y diagramación	Rolando Sepúlveda Medina
Impresión	Trama Impresores S.A.
Tiraje	1.000 ejemplares
Producción ejecutiva	Ojo Chango Films
Producción general	Corporación Pro Patrimonio Cultural y Turismo de Atacama www.corproatacama.cl

Inscripción Propiedad Intelectual e Industrial Nº: 2022-A-851
Derechos Reservados para todos los Países.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida,
o almacenada, sea por procedimiento mecánico, ópticos, químicos,
eléctricos, electrónicos, fotográficos, digitales, incluidas las fotocopias,
sin autorización escrita de los Propietarios.

Febrero 2022



Madres
de la **tierra**



ÍNDICE

Introducción	Pág. 6
Ercilia Araya Altamirano	Pág. 7
Ascención del Carmen Carvajal	Pág. 13
Karen Aravena Álvarez	Pág. 21
Elena Marín Jara	Pág. 33
Juana y Estermina Álvarez Hidalgo	Pág. 43
Cleonisia González Zepeda	Pág. 55
Agradecimientos	Pág. 66



La región de Atacama alberga a los pueblos originarios colla, diaguita y chango, quienes le doblegaron la mano a este territorio desértico, pedregoso y montañoso con escasez de agua, flora y fauna, desarrollando cultura, economía, oficios y artes que les permitieron sobrevivir hasta la actualidad. Las mujeres de estos pueblos han cumplido un rol fundamental, reproduciendo y cuidando sus formas de vida tradicionales, sin rendirse ante los desafíos de la naturaleza.

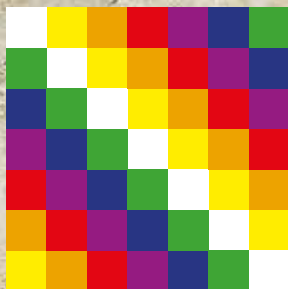
En la actualidad, estos pueblos representan un pequeño porcentaje del total de la población descendiente de habitantes originarios del país, cuyo legado ha ido renaciendo gracias a que se han organizado en comunidades para dar a conocer sus costumbres y tradiciones.

Las mujeres indígenas han desempeñado una tarea fundamental en este renacimiento cultural de los pueblos originarios y la puesta en valor de su relación con la naturaleza local, sus tejidos y cerámicas, sus formas de alimentación, su lengua y su medicina.

“Madres de la tierra” pretende ser un aporte y una invitación al conocimiento y la valoración de historias de mujeres que fueron criadas en comunidades collas, diaguitas y changas o mezclas de ellas y que siguen habitando los mismos territorios y desarrollando las mismas actividades de acuerdo a los recursos disponibles, su uso sustentable y su conservación para la sobrevivencia.

Con el anhelo de trascender, de perpetuar su cultura y sus tradiciones, y como símbolo de lealtad y respeto por sus ancestros, las protagonistas de este libro quieren dar a conocer y enseñar lo que aprendieron por herencia; no solo a sus descendientes, sino también a otras comunidades indígenas y a las personas en general, aún cuando no pertenezcan a los pueblos originarios.





COLLA



ERCILIA ARAYA ALTAMIRANO

■ Madre de cuatro hijos; vive actualmente en Vega Redonda, en la pre-cordillera de la comuna de Copiapó, región de Atacama. Doña Ercilia es descendiente de colla por la línea paterna y de diaguita por su linaje materno, ambos pueblos originarios de Atacama.

"Mi madre diaguita y mi padre colla. Mi marido es diaguita y su papá, su abuelita materna y abuelita paterna son colla".



■ Desde niña, Ercilia sintió una relación directa con la naturaleza y tuvo sueños que fueron clave para descubrir su camino. Ella siente que nació con una conexión directa con sus ancestros la cual ha cultivado durante su vida y que la han llevado a ser lo que es hoy.



“ Uno de mis sueños importantes era que yo había nacido de la madre tierra, que ella me había parido. Era un cerro rojo y en un sector un poco verde, pero luego, cuando varió, era todo verde, todo era un potrero verde, bofedales verdes. En ese lugar había un río y ahí encontré a mi madre, ahí empecé descubriendo y construyendo de dónde yo venía. También me preguntaba y le preguntaba a mi mamá el porqué de cada cosa que pasaba. Ella me explicaba que era una cosa normal, pero que había que saber manejarlas y mantenerlas. Y siempre el sentido era ser humilde, no teníamos derecho de atropellar a nadie y nadie tenía por qué atropellarte a ti, y siempre dando, ayudando a que uno pudiera encontrar el camino”.

Ercilia se siente mayormente colla.

“Yo me siento más identificada con la cultura colla, porque nací viviendo dentro de la cultura colla. Aquí descubrí la minería, aprendí cómo se trabaja la minería, a identificar la veta, a tirar el capacho, tirar la poruña, saber a dónde está el oro, el cobre y la plata. Pero también, a lo largo de los años, estas dos culturas se han visto envueltas, ambas culturas tienen mucha similitud, se han ido mezclando”.





■ Doña Ercilia es una mujer muy activa, apasionada por sus raíces y buscadora incansable del bienestar de su comunidad; se transformó en dirigente social por la necesidad de justicia.

"Cuando me enseñaron a ser dirigente era una mujer de campo, humilde, mi mundo era muy distinto, pero llegué a ser dirigente

porque había mucha irregularidad, muchas maldades y mucho abuso en el gobierno de la democracia, ya habíamos pasado el tema de la dictadura, pero igual acá había un tema, donde todos decían "llegó la democracia", "llegó la alegría". Pero nosotros seguíamos funcionando con la misma dictadura, pero eso a uno le enseñan, ellos me enseñaron menos mal a ser dirigente. Porque cuando uno vive en el campo todos son muy humildes, todos son sanos, no hay maldad, uno piensa que todo es bueno que todo

se viene más duro. Acá están haciendo comunidades mapuches en territorios collas, están haciendo comunidades aimaras, están haciendo comunidades diaguitas, comunidades collas que pertenecen a otro territorio y vienen al territorio de uno; entonces aquí va a haber conflicto, porque cada pueblo va a defender su tierra, nos están destruyendo, enfrentándonos a unos con otros, ya estamos viendo enfrentamientos entre comunidades y eso no debería pasar."

“ Desde mi persona se desligan muchos trabajos en los que hay que tener energía y sabiduría; sabiduría que mis ancestros me entregan día a día; en que se debe tener la capacidad de aguantarlos, una enorme fortaleza de entregar cada día, de cómo te levantas, cómo te entregas. Aquí hay que esquilar, hacer el pan, hacer el queso, amamantar a los cabritos, alimentar a los corderos, darles el agua. Yo creo que son mis ancestros los que me dan la fortaleza y la sabiduría para lograr cada cosa. Este verano pensamos trabajar en minería, pensamos en hacer carbón; tengo el respaldo de mi familia, de mi marido y de mis hijos, porque sin ellos tampoco lo lograría.”

Dentro de las labores tradicionales en las que doña Ercilia se desempeña está la trashumancia de su ganado, el tejido a telar, la agricultura y el conocimiento del universo. Durante su vida se ha dedicado a rescatar oficios propios de su cultura, poniendo en valor el sentido de pertenencia y el simbolismo heredado por sus antepasados.







“

Antes, los hermanos éramos más unidos, más entregados el uno por el otro, no siendo familia, pero hermanos dentro del mismo pueblo. Y hoy no existe eso, hoy existe la diferencia, la maldad, la ambición, el individualismo. Con la llegada de las empresas se ha puesto todo más complicado, por ejemplo, ahora que viene el tema del litio, que es un tema muy complicado para nosotros porque nos va a cambiar todo nuestro ecosistema. Y los que vivimos en el territorio vamos a sufrir las penas. Y los que viven en las ciudades igual porque, al final, nos afecta a todos."

■ **Doña Ercilia es una líder dentro de su comunidad, activista social y también una guía espiritual que lleva a cabo distintas ceremonias para entregar su experiencia:**

"Lo que se logra entregar en una ceremonia es lo que se vive, lo que es terrenal y lo que es espiritual y siempre sacar el yo. Porque el yo no lo lleva en ningún lado y entonces hay que prepararse, hay rituales donde uno se prepara y eso te cambia al totalmente, te hace mejor persona. No todas las ceremonias son iguales; todas son distintas. El padre Huiracocha es el primero porque tiene el libro entre la tierra y el cielo. El sol, porque el tata Sol nos abriga, si no lo tuviéramos a él no crecerían las plantas, no crecería nada, todo se moriría. Y la Pachamama, porque ella nos da los frutos, la comida, el abrigo, el sentir que en la tierra hay vida, en conjunto con el agua, porque si no tuviéramos a la madre Agua y la madre Tierra, no existirá el planeta para nadie"





CITAS DESTACADAS ERCILIA

“

“La trashumancia y la ganadería van de la mano”.

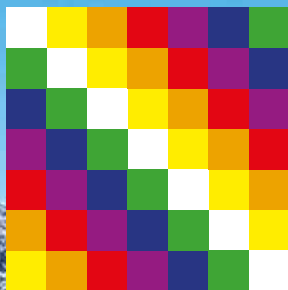
“La agricultura es para poder sembrar la sobrevivencia, se vienen tiempos mucho más difíciles”.

“Hay que construir un camino mejor a las generaciones que vienen atrás”.

“Me encuentro en mi mundo donde existen los animales, yo y el tejido, me hace pasar a una dimensión que me relaja, vivo sensaciones hermosas, difíciles de explicar, de encontrarse a sí mismo”.

”





COLLA



ASCENSIÓN DEL CARMEN CARVAJAL

Reconocida por su comunidad como Tesoro Vivo de la Quebrada de San Andrés.

Doña Ascensión tiene 98 años de edad, nació en las Vegas, cerca de Inca de Oro, región de Atacama.



■ Su vida siempre ha estado ligada a la tierra y al ganado; antes se dedicaba a la crianza de cabras para producir queso.

"Yo me crié en el campo, nací en el campo porque mis padres tenían ganado, siempre me gustó el ganado. Ahora ya no me dan las piernas para salir a trabajar. Tejo el telar colla e hilo la lana de oveja."





■ **Parió a sus nueve hijos en el campo y los crió con mucho esfuerzo; es una mujer amable y cariñosa que a su avanzada edad cuenta con muy buena salud. Vive con algunas nietas quienes la describen como una mujer muy dulce y buena, que le gusta transmitir y enseñar su conocimiento.**

De niña aprendió a tejer con su mamá quien le fabricó un telar colla y la sentaba a su lado para que aprendiera la técnica. Ha tejido frazadas, muñecas reversibles, flores, calcetines de lana, guantes y coipas, que son gorros similares a una capucha, pero con visera para usar en el invierno.



"A los nueve años me enseñó a tejer mi mamá, me hizo un telar al lado de ella. En el mío hice un chal, todavía me acuerdo. Llegó un ingeniero y se le antojó que le vendiera el chal. Mi mamá se lo vendió y de ahí que yo empecé a tejer, empecé a hilar la lana de oveja".



■ Doña Ascensión también disfruta de la cocina; entre sus preparaciones destacan el locro, el caldo con pancutras y el ajiaco.

En el año 2015 perdió todo con el aluvión por lo que debió irse a otro lugar, aunque dentro del sector. Con el paso de los años ha ido perdiendo la audición y la vista, pero conserva las ganas de vivir y le gusta visitar a sus otras nietas que viven en La Serena.







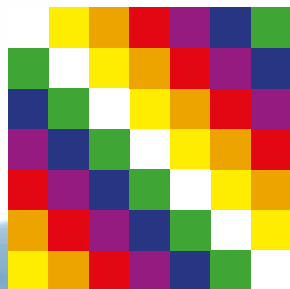
“ Cuando llegamos aquí, nosotros andábamos recorriendo de un lado para el otro, moviéndonos con el ganado y con los niños. Yo no descanso, si yo pudiera andar trabajando aquí lo haría, pero ya no puedo. Con las cabras recorría seis kilómetros al día, tres de subida y tres de bajada, pero ya no puedo; la vida ya no me acompaña en ir y volver toda esa distancia.”





■ Para las nietas es muy importante que quede registro de las vivencias de su abuela Ascensión, quien las crió y es una madre para ellas. Es una de las mujeres de mayor edad del pueblo colla, portadora de conocimientos ancestrales ligados a la tierra, conocedora de oficios propios de su cultura, trashumante por naturaleza, muy querida por su familia y reconocida por su comunidad. Doña Ascensión ha enseñado a sus descendientes estas experiencias de vida, trasmitiendo el valor, el cuidado y el amor por la naturaleza.





DIAGUITA



KAREN ZUNILDA ARAVENA ÁLVAREZ

■ Karen Aravena Álvarez, de origen diaguita, es madre de tres hijos y actualmente vive en el pueblo de San Fernando, comuna de Copiapó, en la comunidad diaguita Yupanqui. Karen es una guía espiritual o meica, sanadora, dentro de su comunidad diaguita, pueblo matriarcal, cuya tradición familiar se ha conservado a través de las generaciones.



Volvimos a nuestro territorio a reconstruir nuestra herencia ancestral, herencia y sabiduría que siempre ha estado en nosotros, pero que ahora estamos revitalizando en comunidad".





■ El pueblo diaguita basa su convivencia en la igualdad entre hombres y mujeres, quienes comparten la vida en las mismas condiciones. Las mujeres son respetadas y valoradas dentro del grupo familiar y de la comunidad territorial; ellas representan a la Pachamama, la naturaleza, la tierra, la fertilidad, la abundancia y el amor.

"La matriarcalidad para nuestra comunidad se basa en la igualdad con el hombre, por ejemplo: el hombre cocina, cuida a los niños, el hombre nos ayuda a cultivar, como nosotras tiramos la pala y ellos también. No nos miran en menos ni nos ven poca cosa, somos todos iguales; el hombre puede hacer minería como la mujer. Acá hay hombres que cuidan a los niños y la mujer sale a trabajar y nosotras valoramos eso, en ningún caso desmerecemos al hombre que hace eso, todo lo contrario. Pero que tú vayas a ver esto en otras comunidades es difícil. Bueno tienes que pensar que nosotros somos la más antigua, somos una comunidad que llevamos tantos años, destruyéndonos para construirmos en lo que realmente somos.

Tenemos ceremonias que son especiales solo de mujeres, en que nos acercamos a las mujeres, porque es importante darle la fortaleza a la mujer que ha perdido hasta el amor de amamantar y ha tomado nuevas costumbres occidentales, por este motivo tratamos de incentivar y dar fuerza para el proceso de la maternidad.

También tenemos ceremonias de intercambios de semillas; cuidamos e intercambiamos nuestras semillas para conservarlas en el futuro. Participa toda la comunidad, la realizamos con la llegada de la primavera, simboliza el nacimiento, la maternidad".



■ Karen nos relata la importancia que tienen las huertas en su comunidad. Desde pequeños, los niños se vinculan con la sabiduría de las plantas medicinales y su cuidado para que todos los miembros de la comunidad sepan qué flores son comestibles y cuáles no, sus propiedades, las bondades naturales y cultiven este conocimiento ancestral de su pueblo.



“ Las chiquillas saben cómo crece la semilla, tienes que enseñarle de pequeña de qué se trata el amor, el amor en las mujeres y los hombres es esencial y se enseña muy poco, muy poco. Por ejemplo, acá en la comunidad, los hijos ayudan a regar, ayudan a los mayores, ellos respetan, si ven que alguien está haciendo algo, ellos van y ayudan, todos tiran pala, los niños chiquititos tiran palas, rastrillan... y después los dejamos ser niños, jugar, porque tienen que ser niños también, tienen que disfrutar entre ellos”.

■ Para el pueblo diaguita los ancianos representan la sabiduría, son valorados y respetados porque son portadores del conocimiento ancestral. Sus autoridades son asignadas por herencia matriarcal y por el camino que han recorrido a lo largo de sus vidas.

“Para mí, una autoridad es alguien que se ha ganado el respeto, se ha ganado la sabiduría y se ha ganado el tiempo de quienes lo escuchan, porque son una herencia. Por ejemplo, mi familia se hace por jerarquía, se hace por matriarcado, se va construyendo cada cierto tiempo que alguien nace con ciertas capacidades y a esa persona se le enseña y se le hereda el conocimiento y si ella quiere seguir el camino, lo continúa”.

“Los ancianos son la mayor representación del respeto. Cuando hay conflictos son ellos los que se acercan y tratan de resolver, mediando. No cualquier abuelito, es una persona mayor que se ha ganado la trayectoria y el respeto del caminar, tiene que ser una persona que sea un referente, que dé el ejemplo. Las personas ancianas que son nuestros guías, nuestras yayas, dan el ejemplo hacia los más jóvenes y también a los adultos que están recién entrando a este mundo indígena, porque el mundo indígena es un mundo aparte, hay reglas propias, formas de ver el mundo que son totalmente distintas al occidental”.

A lo largo de su existencia, el pueblo diaguita ha habitado distintos territorios de cordillera a mar, cada uno de los cuales ha definido la identidad y el quehacer de las comunidades. En la mayoría de los casos, las familias han podido mantener, conservar y transmitir por herencia sus oficios a las nuevas generaciones de acuerdo al sector en el que viven, por lo que los diaguitas se han desempeñado en diversas ocupaciones, aprovechando los recursos que encuentran a su alrededor: pirquineros metalúrgicos, agricultores, comerciantes y trashumantes de animales, minerales y semillas.



“Entonces, las personalidades son muy diversas, no es solo una, somos igual que nuestros territorios. Al ser de la cordillera somos más herméticos, al ser de la pampa somos más comunicativos, los de las quebradas son más secretos. Los de la costa somos más alegres, pero si alguien se porta mal o traiciona a un miembro se quiebra el lazo, para nosotros la lealtad es muy importante. Nos asentamos en este lugar que ya habíamos estado asentados hace millones de años, hemos vuelto a tomar nuestros territorios porque necesitábamos estar con nosotros mismos, somos puros diaguítas acá no porque discriminemos a otro pueblo, compartimos con muchos otros pueblos, pero necesitábamos encontrar nuestra raíz, que es el algarrobo, que somos nosotros, para después compartir con otras ramas. Tenemos que entendernos nosotros primero para después entender a otros pueblos.”







■ Hace algunos años, cuando Karen se dió cuenta de que los oficios y conocimientos ancestrales no llegaban a todos los miembros de la comunidad si no que se heredaban por vía familiar, sintió que tenía que cambiar esa tradición para que todos los diaguítas accedieran al conocimiento de los múltiples saberes y oficios de su pueblo.





“ Me di cuenta que no teníamos idea de quiénes éramos, no sabíamos cuáles eran nuestros bailes, nuestras vestimentas, no sabíamos nada, siendo uno de los pueblos más antiguos de Chile. Existiendo tantos vestigios que están en todos los museos de Chile, expuestos como si fuéramos un objeto, en ese momento se me rompió el alma. En ese momento comencé una lucha total; rompí una de las reglas de mi familia: la lengua. Compartiendo con otros diaguitas vi que teníamos las mismas cosas en común, entonces dije: esto no es familiar, esto es algo de todo el pueblo, y rompí con los quinientos años de herencia de la lengua familiar .

Primero, empezamos hacer un trabajo de estudio junto con estudiosos del mismo pueblo, empezamos a buscar todas las fortalezas y nos dimos cuenta que estaba todo, la arqueología, la antropología, la historia, alimentación, éramos tan ricos y diversos, teníamos tanta riqueza cultural que la gente no tenía idea.

La modernidad ahí nos cambió, ya no se ha seguido transmitiendo exclusivamente a través de los troncales familiares, ahí se empezó a enseñar a todos porque se iban muriendo linajes, entonces tuvimos que ampliarnos a otras familias para que no se perdiera la cultura, traspasar los conocimientos a otras familias”.

“

Para nosotros ahora es importante acercar a otras comunidades diaguitas a sus raíces, a su cultura y la única manera que tenemos de hacerlo es creando una especie de libro o diccionario que transmita a los diaguitas urbanos sobre su lengua y su cultura, que aprendan de sus costumbres, que aprendan de nosotros que sabemos un poquito más y no de los occidentales, que no busquen su cultura en internet. Nuestros hermanos necesitan información real y de los pueblos que vivimos, los que seguimos hablando nuestra lengua más tradicional, porque está la lengua tradicional, la lengua que es de medicina y la lengua que es cotidiana. Yo, como diaguita, cuando hablo en mi lengua llamo a mis espíritus y a nuestras deidades (podríamos decirlo si hablamos occidentalmente), que vengan a nosotros, que compartan y así podemos proteger el lugar, si hablamos otra lengua no nos van a oír porque son lenguas de otros pueblos, de sus espíritus, de su herencia, tenemos que hablar la nuestra, y cómo van a aprender los niños, los hermanos que con la vida que llevan viven en la pura ciudad y nunca han ido al campo, tenemos que entregarles una parte de ellos, porque en algún momento van a volver, porque en algún momento van a querer saber de dónde viene eso, de dónde proviene su cultura.

”



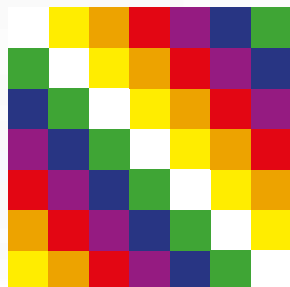




*Ichtay common stenay iscuchytey skousy indeskousy iskaney koko inkachyni nokrayna
(en lengua kan-kan).*

Nuestro árbol, el algarrobo, se alimenta del cielo y de la tierra. Y así es nuestro pueblo, nuestro pueblo es como el algarrobo se alimenta con sus hojas desde el cielo, el universo, sus raíces son largas y gruesas y tiene ramas extensas, como nuestro pueblo, de cordillera a costa y transversal, pero al final somos nosotros los círculos, somos uno solo, tenemos diversidad cultural, pero somos una sola cultura, las mujeres y los hombres, pero las mujeres tenemos más fuerza y más cultura, porque amamos ser mujer, no tememos ser mujeres y es un privilegio ser mujer y si tenemos un hermano que sienta que es mujer, ¡es mujer!"





DIAGUITA Y COLLA



ELENA MARÍN JARA

Madre de cuatro hijos, de origen diaguita y chango. En la actualidad vive en el poblado de Totoral, un oasis en el desierto de Atacama ubicado entre las comunas de Caldera y Huasco.

"Cuenta la historia que esto está del año 1634, cuando estaban las encomiendas de indios. Llegó un hombre de apellido Morales que era español, él formó familia aquí con una mujer diaguita. Este pueblo era habitado por diaguitas, el problema es que los descendientes de este hombre no se sienten ni reconocen como diaguitas. Prácticamente toda la comunidad de Totoral se dedica a la totora, la brea y a la aceituna; yo igual. El pueblo indígena de acá era el diaguita, pero estaba muy ligado a la costa, con los changos. Nos estamos conformando como changos, tengo mi credencial y mi certificación de diaguita. En el año 2017 estuve en el congreso y votaron 97 votos a favor para que calificaran a los changos como pueblo ancestral. Yo me siento changa y diaguita, por ningún motivo voy a negar quien soy. Aquí en Totoral todos son changos también. Cuando fui a Chañaral de Aceituno, ellos me validaron, conocí a la matriarca que es Ester, ellos son changos arraigados en todo".




■ Doña Elena ha dedicado su vida a poner en valor su origen diaguita y chango, dedicándose a la sanación con plantas medicinales propias del sector de Totoral y a la artesanía en totora; y se siente orgullosa de conocer sus orígenes, conservar y transmitir su sabiduría ancestral.

"Quiero decirle al mundo, con mucha propiedad, con mucha fuerza y con mucha naturalidad que tú no puedes negar tu ascendencia jamás; le quiero decir al mundo que no se avergüence jamás. Yo estoy muy orgullosa de ser diaguita por herencia de mi madre y changa por herencia de mi padre, como está el sol y la luna, yo tengo a mis dos pueblos. Esa dualidad no se puede disolver".







■ Hija de un hombre chango pescador de la comuna de Caldera y de una mujer diaguita de la comunidad de Totoral, doña Elena recuerda las enseñanzas y el llamado que recibió de la naturaleza.

“Lo más hermoso que me ha pasado en la vida es saber de dónde vengo y quién soy. En mi niñez, a los tres o cuatro años, recuerdo que salíamos con mi papá en burro hasta la playa cuando estaba la marea baja a pescar y a mariscar, me encantaba andar entre las rocas. Los changos conocían las lunas y las mareas.

Mi madre es diaguita de aquí de Totoral, yo nací y me crié en este lugar. Durante mi vida he tenido constantemente el llamado de la tierra. A mis quince años mi madre me contó quiénes éramos y todo lo que eso significaba; desde ese momento yo decidí no fumar ni tomar, cuidarme y conservar esa sabiduría que viene de raíz. Nunca me he preguntado de dónde viene esta sabiduría, porque es lo que soy. Con el tiempo vas adquiriendo madurez, sin que nadie te diga nada esto surge, es algo muy potente, se me eriza la piel!”



“ A veces tengo sueños premonitorios; he aprendido a entenderlos y a agradecer cada día de poder tocar esta tierrita, es la semilla que pone uno, esa semilla brota y brota de mis manos. Todo lo que he aprendido ha sido con las hierbas, es que las he tenido siempre aquí; con los masajes también, solo basta recordar y empieza todo lo ancestral a surgir. A veces hago talleres y presentaciones en la universidad, los alumnos me dicen: ‘Por favor, enséñenos, cuéntenos más’. Entonces, en ese momento me fluye hablar, no hago bosquejo ni nada, les respondo todo lo que me preguntan y lo disfruto, me gusta transmitir mis conocimientos a los que se interesan por escuchar. Creo que soy querida, creo que me necesitan”.

■ Doña Elena ha sido una luchadora avocada a la protección de los territorios, la reivindicación de los pueblos originarios y una búsqueda incansable de justicia social.

La herencia materna diaguita de doña Elena es su conocimiento de la sanación, la partería y la artesanía; mientras que la herencia paterna changa está asociada a la pesca y la recolección, al conocimiento del mar y los ciclos lunares.





“

En mi familia materna mi ancestralidad eran parteras, casi todas, así que curaban, por ende, yo no vengo así por casualidad, lo mío es por ancestralidad. Nos ponía para el dolor de oído un poco de algodón, el que quemaba un poco y la otra parte la echaba a freír con un poco de oliva, calentito nos ponía en los oídos. Cuando teníamos dolores de muela, usaba aceite de oliva con el algodón y sus pepas, eso lo poníamos donde nos dolía y se nos pasaba.

Es que los olivos centenarios...

(No entiendo por qué le pusieron como nombre la 'ruta de los españoles' si son todos indígenas, esas rutas ya existían, son rutas trashumantes, zonas de intercambios entre el valle y la costa).

Con el aceite de lobo también hacían masajes para los dolores, para las protuberancias, según cómo era la enfermedad era cómo lo usabas."

Cuando estoy en el mar estoy agradeciéndole, me mojo los pies, me gusta ceremonial; me gusta mariscar y nadar, comer las algas, el luche, yo los preparo.

Siento mi herencia changa cuando me conecto con el mar, por ejemplo, uno va y huele, uno sabe cuándo la mar está tranquila, uno sabe cuándo está fuerte, uno sabe cuándo ella tiene problemas y contaminaciones. Me hace recordar a Caldera, eso sí que es una atrocidad, la playa Mansa, antes cuando era niña era una cosa hermosa, aguas cristalinas, limpias; ahora es todo negro, es asqueroso, es terrible cómo ese concentrado de mineral ha contaminado toda esa playa.

”





“ Dentro de mis actividades hago artesanía con totora, preparo los alcoholes de hierbas. Tomé la totora de niña, mi papá embarrilaba con totora las botellas para llevar el agua yo hago lo mismo, embarrilo las botellas y hago mucho más. La materia prima está aquí mismo en Totoral, aquí arriba, al lado del río. Tengo que agradecerle a la vida, a mi madre y a mi padre, que estoy y que existo. Todo está en ti, en tus manos.”



CITAS DESTACADAS ELENA

“

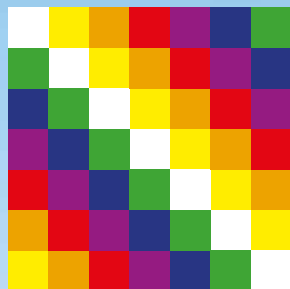
“Yo estoy luchando ahora para que los artesanos de Chile no paguen ni un solo impuesto”.

“El pueblo indígena de acá en Totoral era el diaguita, pero estaba muy ligado a la costa, con los changos”.

“Toda la vida he luchado por defender nuestros territorios y nuestra naturaleza, nuestros pueblos siempre han existido y seguirán existiendo”.

”





CHANGO



JUANA EMILIA ÁLVAREZ HIDALGO ESTERMINA DEL ROSARIO ÁLVAREZ HIDALGO

Las hermanas Juana y Estermina Álvarez Hidalgo (de 83 y 88 años) nacieron en Chañaral de Aceituno y Punta de Choros, respectivamente. Son hijas de Roberto Álvarez, el último chango que confeccionaba embarcaciones con cueros de lobo marino unidos con tripas del mismo animal que cosía con agujas de espinas de cactus y que fue fotografiado por Hans Niemayer en la década de 1950.





“ Yo nací en Chañaral de Aceituno, pero me crié hasta los 12 o 13 años con mis padrinos. Siempre estuve en contacto con mis padres, pero un día decidí venirme de vuelta con ellos. Mi mamá era de Punta de Choros y mi papá siempre de Chañaral de Aceituno. Vivíamos en las pircas, era una casa de barro y totora, era un lugar precioso, nos sentábamos a ver el corral de los burros, el corral de las cabras, era algo hermoso. De mi mamá heredé muchas cosas, ser dueña de casa, cocinar como cocinaba ella, le ayudé a criar a los niños, a mis hermanos, ellos antes me decían mamá a mí. Yo le ayudaba a mi mamá a sacar el luche, el marisco, ella sacaba lapas, salía a mariscar para sostener a la familia, era mucho trabajo. Mi papá siempre iba a Domeyko o al mineral de Altamira a vender los congrios, era una vida muy sacrificada”



■ Doña Juana tuvo seis hijos y junto a su marido se trasladaron a vivir por unos años a la Caleta Hornos para poder entregarles educación. A los pocos años quedó viuda y debió trasladarse a La Serena para generar recursos lavando ropa. Nos relata el sacrificio de sus padres como un ejemplo de vida y su orgullo por el reconocimiento ancestral del pueblo chango el año 2020.

"Mi papá tenía una chalupa, de la balsa de lobo se pasó a la chalupa a vela. Siento que tan tarde se reconocieron nuestras tradiciones, tarde porque mi padre ya no está, yo pienso que a él le hubiese gustado. Yo estoy reconocida como miembro del pueblo chango, mis hijos, mis nietos y ahora mis bisnietos también. Me gustaría que este reconocimiento sea para el bien de la comunidad. Hace unos años fuimos a Valparaíso al reconocimiento del pueblo chango, eso para mí fue muy lindo, nunca pensé que íbamos a llegar tan lejos".





Tengo recuerdos de mi papá que traía cueros de lobo, los ponía a secar con unos palos y los vendía, eran encargos que le hacían los mineros para hacer capachos o para la montura de los burros, porque al cuero no le pasaba nada con el agua, el cuero de lobo estaba siempre firme, de eso me acuerdo yo, para que los zorros no se lo comieran le ponía ramas de quisco. Toda la gente lo conocía como el chango Robert”.





“

La primera vez que salí de la caleta fue cuando me casé, fuimos a Domeyko, nos fuimos en tren, yo me mareé, iba embarazada de mi primer hijo. Mi marido trabajaba de buzo por la orilla sacando erizos. A mi hijo lo tuve acá en la caleta, mis parteras fueron mi mamita Juana y mi tía Irene.

Mi papá era un hombre tan inteligente, que hacía unos inventos muy buenos. Él no sabía zambullirse en el mar, no se sumergía para sacar erizos, los sacaba con un palo y ese palo tenía tres dientes que él mismo hizo. Cuando la mar estaba baja sacaba los erizos con esa herramienta que había inventado y en su chinguillo los iba guardando.

”



■ Estermina Álvarez tiene 86 años y es madre de doce hijos. Nació en Punta de Choros y creció en la caleta Chañaral de Aceituno.

Se siente orgullosa de su padre y de su hermano por lograr visibilizar y poner en valor el conocimiento ancestral chango.

“

Para mí fue tan especial el momento en que se reconoció nuestro pueblo chango, llegué a llorar, sentí una alegría inmensa. La emoción más grande es que hayan reconocido a mi papá como portador de la tradición changa un hombre tan sabio sin estudios, mi padre nunca tuvo un colegio, pero siempre nos trató de compartir su conocimiento chango.

(Estermina Álvarez, octubre de 2021).

”



CITAS DESTACADAS JUANA Y ESTER

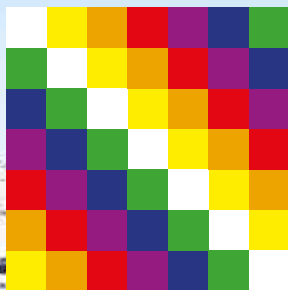
“

“Le agradezco a mi hermano por tener la fuerza y hacer esa réplica de balsa que hacía mi padre”.
(Juana Álvarez, octubre 2021).

”

“El saber que nuestro pueblo chango había sido reconocido fue una alegría inmensa”.
(Estermana Álvarez, octubre 2021).





CHANGO



CLEONISA GONZÁLEZ ZEPEDA



Cleonisa, hija de Humberto González y Ana Zepeda, a sus 56 años de edad es madre de cuatro hijas y abuela de doce nietos. Heredó de su padre la pasión por el mar y ella la transmitió a sus hijas y nietos; es recolectora de algas y ha llevado su vida entre Caldera y Barranquilla.

“

Mi papá nació en Barranquilla, su abuela fue la que asistió el parto, ella fue la partera, es decir, mi bisabuela. Toda nuestra familia siempre ha sido de Barranquilla. A mi papá le decían el chango Calchilla. Mi papá fue el que inició los primeros caminos desde Caldera a Huasco por la costa. La familia de mi papá fue el primer registro de asentamiento en Barranquilla.

”





Desde muy niños el padre de doña Cleonisia les enseñó el respeto por el mar, la importancia de conocer los ritmos naturales y de mantener distancia cuando el mar no tuviera las condiciones.

“

Mis papás trabajaban en el mar. En esos años no existían los trajes. Ellos nos dejaban en la orilla cuidando una fogata, la que los abrigaba cuando salían, esas fueron mis primeras labores que recuerdo, proteger esa fogata. También nos enseñó a respetar el mar, cuando el mar estaba malo nadie, pero nadie, se acercaba, gracias a Dios nunca nos pasó nada, él siempre nos enseñó eso.

”

Una de las costumbres changas que doña Cleonisia heredó de su padre fue ahumar pescado y pulpo, lo que permitía a las comunidades de la costa conservar por mayor tiempo estos productos marinos para luego consumirlos, comercializarlos o intercambiarlos.

“

Antes sacábamos todo con pinche, que es una herramienta con punta curva de fierro que se introduce en las cuevas. Con eso sacábamos pulpos y congrios, los pulpos nunca están solos en las cuevas, siempre hay tres o cuatro más. Igual con los congrios, antes estaban varios juntos en la misma cueva, ahora están más modernos, están a más profundidad, no es tan simple sacarlos, como antes que había abundancia de recursos en el mar, ahora lamentablemente han depredado todo.

”











Los recuerdos de infancia de doña Cleonisia son siempre en la playa, se trasladaban de un lugar a otro según la temporada del año y armaban campamentos a la intemperie, mirando las estrellas, donde el fogón era lo más importante.

“

Siempre fuimos de Barranquilla, pero trashumantes. Con mi papá recorríamos semanas, meses de un lado a otro y dormíamos alrededor de un fuego, sin carpa, mirando las estrellas. Nunca llevábamos camas ni comodidades, nos arreglábamos así no más. Nunca me voy a olvidar durmiendo con mi abuela, mi mamá, todos al lado de una fogata. Andábamos trayendo de todo, por ejemplo: pescado seco, las cuelgas de lapas que ellas mismas hacían, harina para el pan que lo hacían en la misma tierra sobre unas tablitas.

”





“

Nunca nos faltó nada. En esos tiempos se podía cazar guanaco o unas liebres, siempre tuvimos carne, harina y azúcar que era lo principal para el sustento familiar, decía mi abuelita. A veces nos íbamos a Totoral y hacíamos trueque, cambiamos pescados, mariscos, que generalmente lo llevaban seco, por verduras, frutas y queso de cabra.

”



“ A mis nietos quiero heredarles que nos juntemos y hagamos cosas, trashumancia, ir a una playa, acampar como lo hemos hecho siempre, como lo hacía mi papá con nosotros, mis abuelos; ese es un legado que yo puedo dejarles. Enseñarles que ellos son nacidos acá, a orilla de costa, que son changos de tomo y lomo como lo soy yo, como lo fueron mis antepasados y me siento orgullosa de serlo y de la gran familia que tengo”.

Benjita es un niño de 12 años, nieto de doña Cleonisia, que se siente orgulloso de ser chango. Dondequiera que vaya, él habla de su gente y de su familia con orgullo y se emociona.

AGRADECIMIENTOS

- Jacqueline del Carmen Ávalos Álvarez
- Oriel Álvarez Hidalgo
- Felipe Rivera Marín
- Gustavo Álvarez Hidalgo
- Juanita Campusano Campusano
- Gilberto Pasten Quispe
- Segundo Araya Bordones
- María Isabel Marín Guevara
- Iván Saldivia Rivera
- Juan Luis León
- Familia Vargas Carvajal
- Aranza Millaray Fuenzalida Velasco
- Agrupación Descendientes del último Constructor de Balsas de Cuero de lobo
- Comunidad Indígena PaiOte
- Comunidad Indígena Yupanki
- SERNAMEG Atacama
- Chillitrip
- Luna Negra





Madres de la tierra

FINANCIADO



COLABORA

